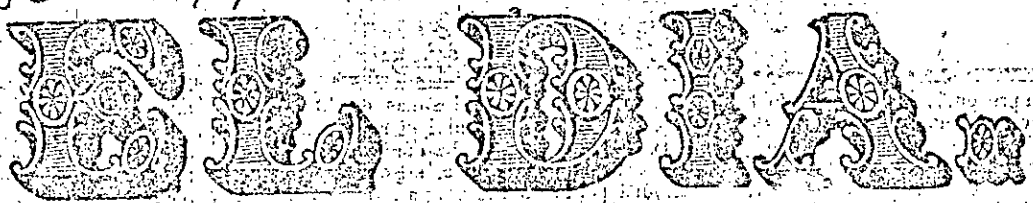


Pineda
832

303



TRIM. 30.
VALD 10 RS.

BOGOTÁ, DOMINGO 29 DE SETIEMBRE DE 1844.

Núm. 215
AÑO V

Elecciones para Presidente de la Republica.

Continuacion del número anterior.

- PROVINCIA DE PANAMÁ.
- Asamblea electoral del canton de Panamá.
- 11 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Jeneral Tomas C. de Mosquera. 7.
- Por el Dr. Eusebio Maria Canabal. 2.
- Por el Dr. Joaquin Gori. 2.
- Asamblea electoral del canton de Chorrera.
- 6 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Dr. Juan Climaco Ordoñez. 4.
- Por el Dr. Eusebio Maria Canabal. 2.
- Asamblea electoral del canton de Natá.
- 13 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Dr. Blas Arosemena. 14.
- Por el Jeneral Tomas C. de Mosquera. 2.
- Por el Dr. Rufino Cuervo. 1.
- Por el Dr. Vicente Azuero. 1.
- Asamblea electoral del canton de Darien.
- 5 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Dr. Rufino Cuervo. 4.
- Por el Dr. Blas Arosemena. 1.
- Asamblea electoral del canton de los Santos.
- 14 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Jeneral Tomas C. de Mosquera. 7.
- Por el Dr. Eusebio Maria Canabal. 7.
- Asamblea electoral del canton de Parita.
- 13 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Dr. Eusebio Maria Canabal. 7.
- Por el Jeneral Tomas C. de Mosquera. 6.
- Asamblea electoral del canton de Portobelo.
- 4 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Jeneral Tomas C. de Mosquera. 4.
- PROVINCIA DE VERAGUAS.
- Asamblea electoral del canton de Santiago.
- 27 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Jeneral Tomas C. de Mosquera. 27.
- Asamblea electoral del canton de Alanje.
- 13 ELECTORES HAN SUFRAGADO.
- Por el Dr. Vicente Azuero. 9.
- Por el Dr. Joaquin Gori. 2.
- Por el Jeneral Tomas C. de Mosquera. 1.

gráficas representando á los Jesuitas haciendo el ejercicio de fuego en los patios de Montreige, con el objeto de enseñar al pueblo de Paris á combatir. (Risas y diversos movimientos) Si, señores, yo lo he visto; porque es así señores, que se escriba la historia, no por los Jesuitas sino contra los Jesuitas. Los que han fabricado y puesto á vender las referidas láminas, son muy capaces, según creo, de haber forjado esa historia del Marqués de Bonaparte para dechegar á las víctimas de su odio.

"Se os dice, sin cesar; ¿para qué tanto anhelo por los Jesuitas? ¿la religion no pueda prescindir de Jesuitas y no se la podrá defender sin su cooperacion? ¿Dios mio! ¿Tendre, señores, que indiceros los motivos que nos impelen á estimarlos? Pues bien, son precisamente la negrura y encarnizamiento de los ataques de que son el objeto, de las calumnias que los persiguen. ¿Cuál es el corazon delicado y jeneroso que al ver unos hombres que son sus hermanos y los sacerdotes de su fé, abrumados sin cesar por la injuria y la mala fé, no se sienta imperiosamente escitado á defenderlos? Nos obliga á apreciarlos el vicioso odio que les profesan los enemigos de la Iglesia. No pretendo afirmar que los adversarios de los Jesuitas son todos enemigos de la Iglesia; pero digo, sin vacilar, que los enemigos de la Iglesia son siempre y antes de todo adversarios de los Jesuitas. Es siempre hácia ellos que dirijen los primeros golpes, y esta los dá títulos á la confianza y estimacion de los católicos que ven en ellos una vanguardia y un cuerpo selecto de la Iglesia. Los mas sinceros de nuestros adversarios lo han confesado francamente. "El jesuitismo, se ha dicho, no es aqui sino una vieja formula que tiene el mérito de resumir todos los odios populares en las tendencias de una religion degenerada. A despecho de las distinciones que se establecen entre el clero franco y los padres de la fé, todo el mundo concibe lo que hay en el fondo de esta contienda: se trata en realidad de saber quien ganará si el catolicismo esclusivo ó la libertad (1)".

"Esta conviccion confesada por los adversarios del clero se ha hecho trascendental entre nosotros que somos los hijos y los fieles del clero. Esto es, el es menester decirlo, lo que ha contribuido á convertirnos; porque yo tambien he tenido necesidad de ser convertido respecto á los Jesuitas. Cuando yo era alumno de la Universidad en la época de la restauracion y cuando seguia los cursos de los Srs. Villemain y Cousin en la Sorbona, tambien alumaba contra los Jesuitas y en medio de mis camaradas incredulos, ponía en fé de cristiano á cubierto de mi antipatia hácia los Jesuitas, como sucede todavía á muchas personas en el mundo.

"Pero cuando he adquirido experiencia en la práctica de los negocios humanos, cuando he visto en el mundo y en la historia que todos los países desde el Paraguay hasta la Siberia, todos los perseguidores de la Iglesia

coloca en los altares para que los veneremos.

"Si, la infalible Iglesia ha hecho mas en obsequio de ellos que de ninguna otra orden moderna. En la mas augusta de sus asambleas, en el último de sus concilios generales, en Trento, concedió solemnemente á la compañia de Jesus una aprobacion indestructible; y si despues un Papa, vencido por la violencia y la hipocresia, la suprimió sin condenarla; otro Papa, el autor del Concilio, la restableció, y diez y nueve Papas, lo han decretado pública y oficialmente, los mas magníficos obispos.

"Yo no conozco en el mundo una corporacion ó institucion que reúna tantos derechos al respeto y á la confianza de los que reconocen la autoridad de la Iglesia; y desearia que los que se muestran animados de una docilidad tan patética para con la Santa Sede, cuando citan el breve de supresion expedido por Clemente XIV, fuesen igualmente dóciles á la autoridad de Pío III, que creó los Jesuitas, á la de Pío VII, que los ha restablecido; y á la de los otros diez y siete Papas que lo protejeron constantemente.

"Se habla de su supresion en el último siglo. ¡Ah! Es aquí, señores, que querria que el tiempo me permitiese referir esta grandísima iniquidad; querria citar las protestas unánimes del episcopado frances en sus asambleas de 1761 y 1762, los elucubrantes arropamientos de D'Alembert y de Lalande, para que formase así juicio de la estraña valentia con la cual el Sr. Ministro de instraccion pública ha dicho en su exposicion que ninguna voz digna de crédito se hizo oír para defenderlos. Nuestro antiguo colega, el Marqués de Lally-Tollendal, fué mas justo cuando escribió en la época del imperio, en 1806; "que la destruccion de los Jesuitas fué un asunto de partido y no de justicia, que fué un triunfo sepulcro por el orgullo y el espíritu de venganza al poder judicial contra la autoridad eclesiástica y aun contra la autoridad real... Que los motivos eran fútiles, que la expulsion de muchos millares de súbditos fuera de sus casas y de su patria, por metáforas comunes á todos los institutos monásticos, por libros añejos sepultados en el polvo y en un siglo en que todos los casuistas habian profesado la misma doctrina, era el acto mas arbitrario y tiránico que pudiera ejercerse, que dió origen al desorden consiguiente, á una grande injusticia y á la lesion incurable que efectó particularmente á la instrucción pública. Querria tambien mostraros al Papa que permitió fuesen sacrificados por la iniquidad, merced á un medio de la desesparacion y excomulgando; yo lo he hecho contra mi voluntad; *compulsus factis!* Mas el tiempo es corto y prefiero referirme á la obra recientemente publicada por nuestro colega el Sr. Conde Alexis de Saint Priest, acerca de dicha supresion. Esta es obra de un adversario; pero hai adversarios espirituales é instruidos con los cuales se gana siempre algo. Leerla, señores, os dará un otro y verga-

A 72

del remo? ¡Ah! No seréis los primeros en tomar semejante camino, ni los primeros en arrepentiros de ello. Los ingleses lo habían hecho antes de su horroroso código penal contra los católicos de Irlanda, que por tan largo tiempo los fastidió; y vosotros sabéis cual es el resultado. El Rei Guillermo de los Países Bajos prohibió á los Belgas que vinieran á educarse á Francia, y sabéis á qué lo condujo tal determinación. Vosotros no podéis adoptar ninguna de esas medidas restrictivas sin entrar en la vía que ha originado su ruina ó un descrédito peor que la ruina misma á gobernantes tan hábiles como vosotros.

“Por otra parte, señores, es el momento en que en toda la Europa se derogar esas viejas leyes, esos usos ruinosos que violaban el asilo de la conciencia para encontrar en él motivos de proscripción y de esclusion; en que la Inglaterra ha renunciado largo tiempo á esa lei del test (3) que citó el otro día el Sr. Rossi, es este momento el que es oportuno para manchar vuestros códigos con una disposición semejante! Vais á establecer de nuevo distinciones odiosas entre los franceses! Hacedis improprio, con razon, las odiosas vejaciones indicadas en ciertos formularios prescritos en épocas remotas; ó inrocaís y aplicais medidas semejantes, vosotros que ahora pocos días, os manifestasteis tan respetuosos al asilo material, en vuestra lei sobre la caza, hasta el grado de tolerar detras de las paredes de un porque lo que prohibis fuera de él; reflexión que al parecer perseguís la fe y la afección religiosa hasta en el corazón del sacerdote; trastornais las paredes de ese domicilio inviolable y sagrado que se llama conciencia, para arrancar una afirmación que debe privar á un ciudadano del beneficio de vuestra lei. Vosotros exijis de él, lo que la lei á nadie exige, esto es, que se condene por su propia boca. Y no advertis vosotros que con tal iniquidad le tributais el mas bello homenaje, que os prosternais ante su sinceridad, y que, como muy bien se ha dicho, le tratáis como á Aristides, á quien se exigió sin temor, que escribiese su propia sentencia, porque nada se dudaba de la probidad y veracidad del que se queria proscribir! (Movimientos de aprobación.)

“Dignaos ademas, señores, meditar sobre lo que pasa al rededor de vosotros. La cátedra cristiana ha sido siempre una de las glorias de la Francia, aun bajo un punto de vista literario é intelectual. Pues bien; y cual es el fenómeno que ella os ofrece actualmente! Dos hombres rivales por la elocuencia, pero íntimamente unidos por su afección recíproca, por los designios de sus trabajos y por la analogía de las revoluciones de su vida; el uno cuya palabra corre como un torrente impetuoso, arrastra ó impone con sus rasgos imprevistos é invencibles; el otro que, como un rio majestuoso, esparce las oleadas de una elocuencia siempre armoniosa y correcta: el uno que domina y conmueve por medio del entusiasmo, conduciendo hasta el fondo de los corazones mas rebeldes, destellos de fe, de humildad y de amor; el otro que persuade y escita tanto por el encanto como por la autoridad de su lenguaje, y que vivifica las inteligencias purificando las almas. Ambos, el Dominico y el Jesuita, encadenando sucesivamente, de año en año, al pie de la mas sublime tribuna, millares de atentos oyentes, encantados, y sobre todo, admirados de encontrarse allí, dan así al pulpito frances un esplendor, una popularidad y una gloria, que

(3) Por esta lei bárbara se obligaba á abjurar el Catholicismo.

credecerois al decir á nombre de Francia: “yo tengo bastante fuerza, bastante talento y devoción, de nada tengo necesidad; se dice que esos hombres tienen todo esto, pero poco me importa; yo no quiero hacer nuevos ensayos; ellos son franceses, pero esto ni es indiferente; que el seno de la patria permanezca cerrado para ellos.” Ellos reclaman la libertad y la igualdad: que la libertad sea para ellos una quimera, y la igualdad una mentira, ó mas bien, que ellos sean libres como los condenados á galeras ó iguales á los apercibidos por la justicia. (Reclamaciones.) Si, señores, esto es exacto: los condenados á trabajos forzados, los apercibidos por la justicia y los religiosos; son las tres únicas categorías que esclusis.

“¿Al señores, es acaso tan difícil de tolerar lo que amamos? ¿Es imposible dejar hacer á los demas lo que es opuesto á nuestra voluntad? ¿Seremos incapaces de profesar algún día las mismas opiniones á que hoy nos oponemos? Nada habrá en el mundo que sea capaz de hacernos perdonar una diferencia de origen, de opinion ó de tendencias? ¿Qué! ¿Siempre todos los vencedores se han de decidir por la esclusion y la intolerancia! Mas ¿cuando nos persuadiremos de que atacando la libertad y la conciencia de nuestros conciudadanos, fabricamos armas contra nuestras libertades, y que esa espada terrible de la persecucion y de la violencia que creemos hemos de tener siempre empuñada, puede obrar algún día contra nosotros mismos, y á nuestro turno ser atravesados con su punta envenenada? (Movimiento.)

“Me confunde y aflige ver una medida como la que combatimos presentada al país con la intervencion de hombres eminentes que se hallan delante de mí, tanto en el banco de la comision como en el de los ministros, y ver á dichos hombres ceder tambien á los clamores ciegos y á las amenazas furiosas que dictaron tal disposición, de la cual se desentendió el Sr. Guizot en el proyecto de lei que presentó en 1836.”

“¿Qué! ¿Vosotros que os hallais en posesion del poder y que lo ejercéis, no habeis experimentado jamas tales furros, amenazas y clamores? ¿No habeis sido víctimas en Francia, de igual clase de ultrajes y en un grado mayor que otros? ¿No habeis visto aglomerarse contra vosotros todas esas odiosas mentiras, todos los recursos estremos del odio que nada vé, que nada escucha y que se sácia á toda costa? ¿Donde estariais vosotros si todos los que rechazai vuestra política no hubieran hecho usticia á vuestras personas y se hubieran envilecido hasta el grado de convertirse en instrumentos de semejantes pasiones y mentiras? Sin embargo, consentis á vuestro turno, que hombres inocentes, desarmados, y cien veces mas intachables que lo que en todos tiempos pueden serlo los hombres públicos que se mezclan en las tempestades inherentes á la vida política, sean victimas de una iniquidad que os es bien conocida! El mas elocuente de vosotros decia, en otro tiempo, con un noble orgullo, que por mas que se injuriasen y se calumniase, nunca llegaria la calumnia y la injuria al nivel en que se les desprecia. Y cuando estas injurias y calumnias se dirijan contra unos pobres religiosos á quienes ninguno puede tachar de haber ejercido un acto vituperable, ni de haber proferido una mala palabra durante el espacio de treinta años que se hallan en Francia, no solamente alcanzan al nivel de vuestros desprecios sino que lo superan; os vuelven á cubrir, os dominan y arrastran con vosotros; lo que rechazabais denodadamente ahora ocho años, lo proponéis, lo defendéis y lo permitis hoy! ¿Será esto una prueba de fortaleza ó de debilidad? ¿Será esto

alguna de las características principales, uno de los rasgos mas expresivos de esa azarosa época que por nuestra malandanza hemos alcanzado.

“Si veis que en su marcha, que si no siempre triunfante, si quiera debiera ser injusto y alocado, si veis, deciros, que las naciones en su marcha dan un paso adelante y que luego vuelven atrás, como ruborizadas y vergonzantes, atribuido á la debilidad del poder, á la impotencia de los Gobiernos. Si veis que la autoridad se muestra airada y en ademán amenazador, y baja al instante el brazo como pidiendo piedad á los que insultan su misma jenerosidad, y política clemencia, atribuido ese hecho á la flaqueza de que aquella se siente poseida. Si veis que las sociedades están condenadas á una fluctuacion incesante, si las veis agitarse en un círculo estrecho y sin salida, faltas de progreso, privadas de luz y casi diríamse sin esperanza, á no levantarse sobre los sistemas y miras de los hombres una lei providencial superior á ellas; y que obrá á pesar de ellos; si carecen de realizacion los planes, de firmeza las instituciones; si no hai ni estabilidad, ni concierto, ni direccion en las obras, ni prevision en el pensamiento; si todo marcha á ciegas y como en confuso tropel; si andan vueltos y desatentados los espíritus y nubladas las cosas por un inmenso torbellino; si todo lo que hai en el Estado desde la empresa mas colosal hasta el negocio mas liviano, vacila y tiembla, si es que no se choque y destruya; si no existe ninguna linaja de seguridad, si está oculto y sombrío el porvenir; si no sabemos como amanecerá el día de mañana, así como ayer ignorábamos como debía amanecer el de hoy; atribuid, no lo dudeis, atribuid gran parte de esos efectos á la causa que hemos señalado: á la flaqueza del poder á la debilidad de los gobiernos.

Y cuenta que esa calidad y circunstancia característica del gobierno, no es propia precisamente de un determinado país; sus causas se encuentran, obran en muchos lugares; y por esto sus efectos no son circunseritos y limitados. Semejante hecho suele seguir el progreso de las revoluciones. Cuanto mas alto una revolucion sube, mas alto sube este hecho, mayor mas asombrosa es la debilidad é inacción de los gobiernos. Solo hai un medio de alzarse un poder robusto del seno de las revoluciones, aun entre conflagracion y estragos: el terror. Mas la fuerza que el terror comunica es horriblemente cruel, viva y febril; y por ese motivo, si bien el gobierno dura por los recuerdos que deja, por la sangre que derrama y por las ruinas que amontona, como vive de la fiebre, la fiebre misma pronto le consume y le mata. Triste estrella la de los gobiernos en épocas azarosas y agitadas, que nunca puedan obrar en la línea que les corresponde, que no lleguen de mucho á ella ó que excesivamente la traspasen; que su accion sea mala é espantosa y omnipotente; siempre los verdugos ó las victimas.

Al comparar, por ejemplo, el siglo décimo-óctavo con el décimo-nono, uno no puede ménos de asombrarse del contraste que ofrecen esos dos siglos examinados bajo el punto de vista que sus gobiernos presentan. Parece que una eternidad los separa, tan grande es y tan extraordinaria la diferencia que entre ellos existe!

Y ¿de donde está procede? ¿Cómo es que los gobiernos muestran excesivamente flacos? ¿Cómo es que los tronos ríen de gracia? ¿Cómo es que el poder en vez de presentarse con majestad y con aquel saludable y religioso temor que alguna día inspirara, solo escita ahora el desprecio de los unos, la compasion y lástima de los otros? No es difícil adivinar las causas: todo el mundo las conoce. Gran parte del mal viene de hoy, viene de lejos. Una de las causas que en este punto figuran y que con mas eficacia han obrado, es la revolucion ya religiosa, ya política, que se verificó en Europa, y que despues de haber pasado por la Francia, país de suyo comunicativo y ardiente, se ha derramado en unos lugares y ha filtrado y aun va cuandando en otros, cortando allí donde se introduce los bríos al poder, rebando las instituciones y estenuando á los gobiernos.

Á esa revolucion digna de ser estudiada y que nunca se ve bastante, ya que en ella es el acontecimiento mas notable, y sobre todo el que ha tenido una influencia mas pronta y pronta de cuantas se han realizado en la Europa moderna, débese ya buen seguro atribuir este hecho como á una de las principales causas que lo han producido.

Cierto personaje, de los personajes mas fuertemente crehros de la Convencion, habia dicho: “Nadie puede reír: ser culpable.” He aquí expresada, resumida en una frase

caso tropieza. La accion del poder, el mayor de todos los orgullitos, como lo llama Mr. Bonald, el orgullo del saber?

Por otra parte, despléganse en todas direcciones y por todos lados, todo linaje de ambiciones, ya nobles, ya bastardas, dignas ó miserables, justas ó ilegitimas; hecho inevitable y que es una consecuencia de eso otro hecho que acabamos de indicar. Y ¿qué sucede entonces? que las ambiciones que no logran ser gobierno, se tornan oposicion, y la oposicion tanto mas destructora y certera, cuanto que sin renunciarse los caminos tortuosos y ocultos, se hace paladinamente y á la luz, nefeso, ya que la escuela moderna la considera siempre como el ejercicio de un derecho, cuando muchas veces solo revela una cabeza que buffe en proyectos insensatos, ó un corazón empuñado de sentimientos ruines. Así que, esas luces estrañas al Gobierno en vez de ilustrarle, le quemant cuando debieran iluminar la muchedumbre, la abrasan.

Permitásemos transcribir aquí las palabras del escritor que grabamos de citar, que es uno de los pensadores mas profundos de nuestra época. “Jamás, dice Mr. Bonald, han tenido los gobiernos mas necesidad de arrinarse al poder religioso, porque en ninguna época de la historia ha habido en la sociedad ni tantas luces vagas ó falsas, ni un número tan exorbitante de hombres que fuese preciso espirar. Nunca ha habido, si es licito expresarse así, ni tantos espíritus, ni tantos cuerpos. Jamás las naciones antiguas, ni aun las mas populosas, ni aun quizá el mismo imperio romano, habian encerrado en su seno una multitud tan extraordinaria de hombres como la que hai en nuestras grandes monarquías de Europa. Los esclavos, porcion numerosísima, gobernados como eran desobedientemente, por sus dueños, mas antes eran de la familia que del Estado; y como una consecuencia de la organizacion que la sociedad doméstica tenia, los hijos y las mujeres pertenecian á la nacion mucho ménos de lo que pertenecen ahora á ella los criados cuyo servicio ha reemplazado el de los esclavos.” Hasta aquí M. Bonald, cuyas palabras parece que continen una verdad incontestable.

Á esto añádese, que al paso que se han hercecentado los medios de oposicion que al cabo suelen convertirse en medios de resistencia, se han disminuido notablemente las fuerzas de los gobiernos y los instrumentos de proteccion, que era el escudo y amenza de la defensa. El hacha y la zapa bienen y socaban los gobiernos, mientras que carecen ellos de un broquel que los cubra y de una base que los alcance.

Porque ¿en donde está eso firme puntal que debien tener todas las instituciones, y el Gobierno mas que ninguna otra, ya que no solo debe defenderse á si mismo, sino que es menester que defienda y proteja á las demas instituciones, que á su lado se arriman y bajo su sombra crecen? ¿Donde está esa robusta columna, que sustente el poder, y su la que de continuo vacila y eternamente flota á merced de todos los vientos, de todas las contradicciones y miserias?

No pocos de los actuales gobiernos se apoyan en la filosofía como un sistema, y en los partidos como un hecho; cientos flacos los dos por su propia indole, y mas flacos y débiles aun, por los sucedimientos que experimentan y por los rudos y desahucados golpes que les descargan, no solo sus adversarios, sino hasta sus propios amigos.

De lo que se desprende, que falta á los gobiernos un apoyo, porque ni consiste en la religion, que suele mirarse con cierto desvío, ni en la moral ya que la corrupcion tiene su asiento en las alturas del poder; ni en la nacionalidad, ya que no sufoca su llanto; ni en recuerdos gloriosos, ya que la política moderna es un tejido de apostasias y aberraciones; ni en tradiciones antiguas, ya que los poderes tradicionales desaparecieron, sino solo en la filosofía y en los partidos; la filosofía, es decir, la razon abandonada á si misma; los partidos, los hombres presentes en su demencia; basés las dos movilizadas é inseguras y que ninguna duración ni consistencia pueden dar, ni á las instituciones que en ellas descansan, ni á los hombres que sobre las mismas se funden.

¿Qué estrañis, pues, que veamos tal debilidad y desencaminamiento en los gobiernos? ¿Qué estrañis, que los veamos andar con tan mal seguro paso, vacilando de continuo, tropiezan siempre, agitándose sin cesar en la orilla de un abismo?

Y cuando los gobiernos carecen de fuerza, y no están dotados de las demás calidades que su naturaleza y su conservacion misma demandan, cuando antes que toda pracion defendan y existan, ya que su existencia está incesantemente amenazada, ¿qué estrañis, que la sociedad, que las obras que en